

CAPÍTULO III.

RELACIONES INTERNACIONALES.

§ I.—Consideraciones generales.

Herodoto nos enseña cuáles eran los sentimientos de los Persas hácia los pueblos extranjeros: «Las naciones vecinas, dice, son las que más estiman. Las que les siguen ocupan el segundo lugar en su espíritu, y, proporcionando así su consideración al grado de alejamiento, hacen ménos caso de las más remotas. Esto proviene de que se creen muy superiores á todos los pueblos; piensan que el resto de los hombres no consigue la virtud más que aproximándose á ellos» (1). Los reyes de los Persas hasta se impusieron la obligación de no comer ni beber nada que no fuese de origen indígena (2). Esta costumbre tal vez tuviese alguna relación con las ideas religiosas sobre la impureza de los alimentos extranjeros. Así en la apariencia, estaba la Persia concentrada en sí misma como la India. El espíritu de conquista rompió este aislamiento y estableció relaciones entre los Persas y las demás naciones.

El genio de Temístocles contuvo las invasiones de los conquistadores asiáticos. En su cólera, el Gran Rey puso á precio la cabeza de su temible adversario. Cuando el vencedor de Salamina, por un triste cambio de las cosas humanas, fué desterrado de Até-

(1) HEROD., I, 134.

(2) ATHEN., *Deipn.*, XIV, 67.—PLUTARC., *Apophthegm. reg.*, V, JERJES, número III.

nas, no temió pedir hospitalidad al mismo que pedía su cabeza. Al anunciar á Artajerjes que él era Temístocles el Ateniese, vió estallar alrededor de sí el odio de los Bárbaros; los *grandes de la puerta* le llenaron de injurias; contaban con la venganza; pero el Rey, más magnánimo, se felicitó de este acontecimiento y rogó á Ahriman para que inclinase á los enemigos de los Persas á desterrar á sus más grandes hombres. Los honores que se le tributaron quedaron, por decirlo así, en proverbio; cuando más adelante los monarcas persas querían atraerse á algun Griego le prometían hacerle más grande que lo había sido Temístocles. Artajerjes pensaba poner al ilustre proscrito á la cabeza de una expedición contra la Grecia: Temístocles evitó su deshonra dándose la muerte. Aún entonces no se desmintió la generosidad del Rey; su admiración hácia él aumentó, según se dice, al saber la causa de su suicidio; continuó tratando á su familia y á sus amigos con una gran bondad (1).

La hospitalidad es el elemento poético de las costumbres antiguas. La veremos en todo su brillo entre los Griegos; entre los Persas solamente se encuentra el germen de esas relaciones que no dejaron de tener influencia en la unión de los pueblos. No todos los extranjeros recibieron tantos honores como Temístocles; sin embargo, había entre los grandes de la corte un ministro encargado del cuidado de los huéspedes (2). Es un bello símbolo de la misión que pertenece al departamento de negocios extranjeros: la diplomacia del porvenir, dejando de inspirarse en el odio, no tendrá ya función más importante que la de cultivar las relaciones amistosas entre los pueblos.

Los mismos Grandes Reyes no se desdeñaban de estrechar los lazos hospitalarios, sea con súbditos suyos, sea con extranjeros. Jerjes se admiró, en el curso de su expedición contra la Grecia, de encontrar un hombre bastante rico, bastante generoso para ofrecer hospitalidad al rey y á su ejército; le dió el título de huésped (3). Los monarcas persas se dejaban ya guiar, como más tar-

(1) PLUTARC., *Them.*, c. 28, 29, 31.

(2) PLUTARCO le llama τὸν ἐπὶ ξενίων.

(3) HEROD., VII, 27, 29.

de lo hicieron los Romanos, por motivos políticos, en los lazos que contraían con los extranjeros. No escatimaron tesoros ni halagos para atraerse á los Griegos; pero no siempre salieron bien de sus tentativas. El Rey de los Reyes ofreció su amistad y el título de huésped á Agesilao (1); el Espartano no aceptó ni áun la carta. Sin embargo, se fueron formando relaciones más y más íntimas entre los Persas y los pueblos de la Grecia; el oro persa pesó en la balanza de los destinos de Atenas y Esparta. Cuando Tébas á su vez fué la potencia preponderante, vióse á los embajadores de las repúblicas griegas disputarse los favores de los Bárbaros; Pelopidas venció á sus rivales, y los Tebanos fueron declarados amigos hereditarios del Rey (2).

La hospitalidad pública, ofrecida por los Persas á los reyes y á las ciudades de Europa, es un testimonio notable de la revolución que la monarquía persa hizo en las costumbres orientales. Hasta entonces el Asia formaba un mundo aparte que rechazaba al extranjero como á un sér impuro; el Gran Rey trató de buscar la amistad de aquellos á quienes no pudo vencer. El Oriente, envanecido con su superioridad, desprecia las civilizaciones extranjeras porque no las conoce. Lo mismo sucedía con los Persas; pero convertidos en conquistadores, se distinguieron por su facilidad en adoptar las costumbres de las demas naciones. Esta disposición se extendía hasta á la religion; los sectarios de Ormuzd hicieron sacrificios á los dioses del Olimpo griego (3). Nada más contrario al genio oriental que este espíritu cosmopolita. Es un rasgo de semejanza entre los Persas y los Romanos. Las conquistas y el contacto con las naciones extranjeras ensanchan el círculo de los sentimientos y de las ideas. El cosmopolitismo no se limitó á la imitación de las costumbres extranjeras; en Roma imprimió á las concepciones de los pensadores un carácter de universalidad hasta entonces desconocido; la guerra contribuyó á fundar el dogma de la unidad del género humano.

(1) JENOF., *Agesil.*, VIII, 3, 4.

(2) PLUTARCO, *Pelop.*, 30.

(3) HEROD., I, 135.—C. STRAB., lib. XI, p. 362.—HEROD., VII, 43.

El espíritu de conquista dió tendencias semejantes á los Persas y á los Romanos, cualquiera que sea la diferencia de las costumbres y del carácter nacional. Los dos pueblos fueron extraños al comercio. El orgullo del guerrero tenía una gran parte en esta aversión; pero se unió con otras preocupaciones. Los Romanos creían que el Océano era una barrera elevada por los dioses mismos para separar á los hombres. Ideas más profundamente religiosas alejaban á los Persas de la navegación; siendo para ellos el agua un elemento sagrado, pensaban que no les era permitido mancharlo con las inmundicias que ocasiona la estancia de los hombres (1). Llevaban estos sentimientos hasta tal punto que no había en todo su imperio una ciudad algo importante edificada á orillas del mar (2). Así se explica como pueblos que aspiraban á la conquista del mundo, permanecieron sin marina. Los Romanos tuvieron en sus manos los barcos de Cartago; en lugar de aprovecharse de ellos los quemaron. Los Persas no tuvieron flota más que despues de la conquista de la Fenicia y del Asia Menor (3). La conciencia de su debilidad aumentó su retraimiento del mar; léjos de favorecer el comercio que hacían los Fenicios ántes de la fundación de su imperio, lo estorbaron. Temiendo que piratas atrevidos, subiendo por el Tigris llegasen á insultarles en medio de su capital, inutilizaron para la navegación completamente su entrada (4).

Sin embargo, el destino de los pueblos conquistadores es aproximar á los hombres; en vano los Persas y los Romanos se mostraron desdeñosos ú hostiles hácia el comercio; instrumentos de Dios, cumplieron su misión á su pesar. Existían ya relaciones entre las diversas partes del Asia; el genio comercial de los Fenicios servía de lazo entre la India y la Europa; pero estas relacio-

(1) PLIN., *H. N.*, XXX, 6.

(2) AMMIAN. MARCELL., XXIII, 6.—HYDE, *De relig. veter. Pers.*, c. 6.

(3) HEROD., I, 143.

(4) STRAB., lib. XV, p. 509.—HEROD., I, 193, 185.

nes se interrumpian, unas veces por el aislamiento de las naciones, otras por la guerra. Los Persas reunieron bajo su dominación toda el Asia hasta el Indo; al Norte se extendieron hasta el mar Negro, el mar Caspio y el monte Cáucaso; al Oeste pasaron el Mediterráneo y penetraron en África y en Europa. Su imperio comprendía todos los estados que habían brillado en Oriente, la Bactriana, la Media, Nínive, Babilonia, la Fenicia, la Siria, la Lidia, el Egipto. ¡Qué vasto campo para las empresas comerciales! Las relaciones entre los comerciantes habían tenido que luchar antes de la conquista contra la separación y hostilidades de los estados; ahora se organizaron libremente en el interior de un mismo imperio. El lujo mismo y la corrupción de los conquistadores, que apresuraron su decadencia, favorecieron el comercio (1). Finalmente, las exigencias de la conquista sirvieron á las comunicaciones pacíficas de los pueblos. Aún hoy admiramos las vías romanas que parecen desafiar al tiempo como la Ciudad Eterna; obras del rudo legionario, fueron aprovechadas por el pacífico comerciante y llegaron á ser un lazo entre los hombres. El mismo espectáculo presenciamos en Oriente; las caravanas que parten de Esmirna para Ispahan recorren siempre los caminos que los Persas abrieron entre el Alta Asia y el Asia Menor; los Grandes Reyes no pensaban, al construirlos, más que en las necesidades de la defensa ó del ataque; pero el comercio se apoderó de ellos y los utilizó muchos siglos despues que hubo desaparecido el nombre del imperio persa (2).

La extensión de la dominación persa multiplicó las relaciones de los pueblos á ella sometidos. Si los conquistadores permanecieron extraños al comercio, los vencidos se aprovecharon de la facilidad de comunicaciones que les ofrecía un grande imperio; más adelante diremos cuáles fueron estas relaciones, y qué países comprendieron. En el mundo antiguo, el comercio sigue á la guerra: los ejércitos abren el camino; las conquistas son descubrimientos. *Herodoto* dice que los Persas descubrieron la mayor parte del

(1) «La historia del lujo, dice MONTESQUIEU, sería una preciosa parte de la historia del comercio» (*Del espíritu de las leyes*, XXI, 6).

(2) HEROD., V, 52.—HEEREN, *Persas*, secc. II, c. 2.

Asia. Ciro llevó sus armas hasta el alto Indo; Darío, siguiendo sus huellas, quiso subyugar los pueblos del Mediodía y hacer de aquel río el límite de la monarquía persa. Empezó por hacer explorar el Indo: *Herodoto* ha descrito el viaje de Scylax, que duró treinta meses. El Rey consiguió su objeto; los ricos países del Indo formaron una de las satrapías más productivas de su inmenso imperio (1).

Montesquieu juzga esta empresa con demasiado desden: «La navegación, dice, que Darío hizo sobre el Indo y el mar de las Indias, no tuvo consecuencias ni para el comercio ni para la marina; y si se salió de la ignorancia fué para volver á caer en ella» (2). La expedición de Darío no fué inútil, puesto que reveló, por decirlo así, la existencia de la India á los pueblos del Occidente. Hasta entónces los Griegos no conocían la India más que de nombre. Comprendían vagamente por ella todo el país que confina con el mar del Sud. Las guerras de los Persas dieron las primeras nociones positivas acerca de esta parte del Asia (3). *Herodoto*, ese infatigable investigador, aprovechó las narraciones de Scylax y las relaciones de los Indios que venían á pagar sus tributos á Susa. Las riquezas de la India, de la que una pequeña parte, sometida al rey de los Persas, pagaba tantos impuestos como el resto del imperio, y la manera extraordinaria con que los Indios, ayudados por las hormigas, recogían el oro (4), excitaron vivamente la imaginación. El Oriente no puede someterse á las leyes severas de la historia; tradiciones, en parte fabulosas, forman el fondo de la obra de Ctesías sobre la India. Pero estas maravillas eran más propias que la realidad para llamar la atención de los extranjeros; tal vez tuvieron influencia sobre la expedición

(1) HEROD., IV, 44; III, 94.

(2) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXI, 8. Al juicio de MONTESQUIEU opondrémos el de LASSEN. El sabio orientalista dice que de todos los reyes del Asia antigua, Darío es el más parecido á Alejandro Magno (*Indische Alterthumskunde*, t. II, p. 112). Recuerda que Darío hizo acabar el canal que ponía al Nilo en comunicación con el golfo Arábigo (HEROD., II, 158; IV, 39).

(3) HEEREN., *De India Græcis cognita* (*Comment. Soc. Goetting.*, t. X, página 121).

(4) HEROD., III, 94, 102.

de Alejandro, que inauguró una nueva era para las relaciones de la Europa y el Asia.

La exploración del Indo y las conquistas de Darío fueron un primer eslabón en la cadena que debe unir el Oriente y el Occidente. Léjos de desdenar estas débiles tentativas, vemos en ellas la mano de Dios que se sirve de los conquistadores para el cumplimiento de sus designios. A creer en una narración novelesca de *Herodoto*, los Persas hicieron un viaje de exploración sobre el Océano. Atendiendo á sus preocupaciones religiosas, no podía ser bien mirada semejante empresa; el escritor griego la presenta como un castigo. Sataspes, de la raza de los Aquemenides, fué condenado á perecer en la cruz; su madre imploró gracia, prometiendo castigarle más rigurosamente de lo que el rey quería, y le ordenó que diese la vuelta alrededor de África. Sataspes se embarcó en Egipto, y tomó el rumbo hácia las columnas de Hércules; empleó muchos meses en atravesar una vasta extensión de mares; después volvió pretendiendo que no había podido avanzar más (1).

Los detalles en que entra *Herodoto* nos permiten dudar de la realidad de este viaje, el único tal vez que se ha impuesto como pena. Si no aumentó los conocimientos geográficos de los Persas, no por eso es ménos notable en vista de los que supone. Un pueblo pastor, criado en las montañas donde no había oído siquiera el nombre del Océano, hostil á la navegación por sus creencias religiosas, ha llegado á concebir la idea de la circunnavegación del África. Este admirable progreso es el resultado del contacto con los pueblos extranjeros, y este contacto es la obra de la guerra. Así la conquista persa, aunque llevada á cabo por pueblos bárbaros, fué un lazo entre las naciones; extendió el conocimiento de la tierra, favoreció aún las relaciones pacíficas de los hombres. La edad de la violencia y la destrucción prepara la era de la paz y de la armonía.

(1) HEROD., IV, 43.

CAPÍTULO IV.

DECADENCIA DE LA PERSIA.

La dominación persa es el gérmen de donde salió el gran imperio que reunió al fin de la antigüedad una parte del género humano bajo sus leyes. ¿Por qué no fué dado el realizarlo á los primeros que concibieron el ambicioso proyecto de la conquista del mundo? Penetremos en la vida íntima de los Persas; en ella descubriremos las causas que hicieron fracasar esta tentativa de monarquía universal.

Platon dice que los reyes de los Persas no fueron grandes más que en el nombre (1). Esta frase del filósofo griego es verdadera, aplíquese á la Persia ó á los hombres que la gobernaron: es la expresión de la incapacidad para fundar una monarquía universal de los que se titulaban Reyes de Reyes. Jamás dejaron de pretender el imperio de la Tierra; todavía en tiempos de Alejandro hacían llevar agua del Nilo y del Ister, y la depositaban en su tesoro con sus otras riquezas, para mostrar la extensión de su dominación y probar que eran dueños del Universo (2). La Persia excedía, á la verdad, en grandeza á los imperios que hasta entonces se habían elevado en Asia, pero se necesitaba la vanidad y la ignorancia del Oriente para confundir los estados del Gran Rey con el mundo. Los Persas apenas llegaron al Asia Oriental, y en cuanto pasaron los límites del Asia por la parte de Occidente,

(1) *De Leg.*, III, 695, E.

(2) AESCHIN., c. *Ctesiph.*, p. 132.—PLUTARCH., *Alex.*, 36.